



**DESTINACIONES, SIMULACROS Y DERIVAS DE LA LETRA: UNA  
APROXIMACIÓN A LA TIERRA PROMETIDA. NOTAS SOBRE  
CORRESPONDENCIA ENTRE ESCRITORES**

**DESTINATIONS, SIMULATIONS AND DRIFTS OF THE LETTER: AN  
APPROXIMATION TO THE PROMISED LAND. NOTES ON  
CORRESPONDENCE BETWEEN WRITERS**

**María Laura de Arriba<sup>1</sup>**

Universidad Nacional de Tucumán  
lauradearriba@hotmail.com

**Resumen**

El artículo se organiza en tres segmentos que se ocupan, en primer lugar, de cuestiones teóricas derivadas de la correspondencia dentro del marco del espacio autobiográfico; en segundo lugar, de una modalidad especial dentro de este conjunto que tiene características propias y que denominamos “Cartas de escritores”. En este segmento realizamos un análisis de la correspondencia entre Mario Levrero y Francisco Gandolfo (1970-1986) cuya edición estuvo a cargo de Osvaldo Aguirre (2015). En tercer lugar, nos focalizamos en los intercambios epistolares, hechos a través del correo electrónico (2000-2004), entre el mismo Levrero y Pablo Silva Olazábal que se presentan como *Conversaciones* entre ambos y fueron editadas en Argentina en 2016. Se señalan aquí algunas características del correo electrónico en relación a la correspondencia tradicional que permiten marcar tanto las continuidades como las diferencias entre el campo material y el campo virtual. Asimismo se constata la irrupción en el espacio autobiográfico de nuevas formas que producen transformaciones de la propia subjetividad que,

todavía, son muy difíciles de definir. Esta problemática nos permite llegar a la reflexión final, en base a los aportes de Jacques Derrida sobre el Archivo, en donde el filósofo francés se pregunta sobre la posibilidad de pensar un archivo para lo virtual al que, por otra parte, considera como una dimensión problemática que cambiará de modo radical todo lo dicho hasta ahora sobre esta cuestión.

**Palabras clave:** Teoría – Correspondencia – Archivo - Mutaciones

### **Abstract**

This article is organized in three segments that work, in the first place, about theoretic issues that are derived of the correspondence that it's inside the autobiographical field framework; on second place, of a special modality with their own characteristics that it is inside this group and that we call "writers letters". In this segment we analyze the correspondence between Mario Levrero and Francisco Gandolfo (1970-1986), whose edition was in charge of Osvaldo Aguirre (2015). On third place, we focalize in the epistolary interchanges that have been done through email (2000-2004) between Levrero himself and Pablo Silva Olazabal that are presented as Conversaciones between them and that have been edited in 2016 in Argentina. In this segment, we point out some characteristics of the email in relationship with traditional correspondence that allow us to show the continuities and the difference between the material field and the virtual field. Likewise, we note the irruption of new forms that produce transformations of the own subjectivity in the autobiographical field that are yet hard to define. This problematic allow us to reach the final reflexion, based on the contributions of Jacques Derrida about the Archive, in which the French philosopher asks himself about the possibility of thinking an archive for virtual to what he, on the other hand, points as a problematic dimension that will radically change everything that has been said before.

**Keywords:** Theory – Correspondence – Archive - Mutations

**Recepción:** 18-09-2018

**Aceptación:** 20-11-2018

## INTRODUCCIÓN

Este artículo está organizado en tres segmentos que se ocupan, en primer lugar, de la problemática teórica referida a la correspondencia, en el espacio de la macrotextualidad autobiográfica; en segundo lugar de una modulación particular dentro de este conjunto, especie de subgénero con características propias que denominamos “cartas de escritores” (para lo cual estudiamos la correspondencia entre Mario Levrero y Francisco Gandolfo) y, por último, de los intercambios epistolares, vía correo electrónico, entre el mismo Levrero y Pablo Silva Olazábal que se ofrecen a modo de conversaciones entre ambos. La modalidad virtual de este último intercambio permite marcar continuidades y discontinuidades en relación a las cartas tradicionales y habilita la reflexión final, a partir de los aportes de Derrida sobre el archivo, acerca del campo problemático que presenta la archivación virtual. La división en tres partes obedece a la necesidad de realizar, primero, un acercamiento teórico a la dimensión autobiográfica y, dentro de ésta, a la problemática particular de la correspondencia. La segunda y la tercera parte se concentran en epistolarios específicos, entre escritores uruguayos, con la intención de visibilizar el aparato conceptual expuesto en prácticas concretas de escritura. El objetivo principal de este trabajo es poner en evidencia las articulaciones fundamentales que se desprenden de la lectura de los epistolarios de escritores con la propia producción escrita; es decir, las reflexiones que se deslizan en las cartas funcionan como un complemento significativo para el análisis de las obras de estos autores y suelen arrojar luz sobre aspectos fundamentales de estas producciones.

El acercamiento teórico se fundamenta en las objeciones que Nicolás Rosa (1990) le hace a la teoría de la autobiografía de Lejeune (1975), basada en el concepto de “pacto autobiográfico”; a esto se agregan aportes capitales de Benveniste (1977) y de Lacan (1985) y algunas aproximaciones conceptuales propias.

## Consideraciones teóricas acerca de la correspondencia

Si la autorreferencialidad de todo proceso de escritura es un hecho que no se discute a esta altura de la Teoría Crítica, no es menos cierto que existe una resistencia a abandonar la ilusión que insistentemente refiere: se escribe para alguien y/ o para algo. Esa ilusión del “para alguien”, objeto indirecto que subsume la causa o viceversa, se densifica cuando se habla del género epistolar cuya especificidad más obvia parecería apoyarse en la unidireccionalidad del mensaje enviado desde un yo hacia un destinatario marcado.

Las cartas se incluyen entre los géneros de la denominada “literatura íntima” (memorias, diarios, autobiografías, ensayos) y comparten con estas modulaciones una serie de rasgos comunes al universo de lo privado expresado en la primera persona. Uno de ellos es la dimensión autobiográfica que ha sido caracterizada suficientemente por Philippe Lejeune (1975) desde la perspectiva del lector que, al aceptar que en esta dimensión autor-narrador y personaje constituyen una misma entidad, funda un “pacto autobiográfico” que da origen a un contrato de lectura. Lejeune ha justificado esta elección en el hecho de que los textos autobiográficos fueron escritos para nosotros, sus lectores, quienes, por otra parte, los hacemos funcionar.

Pero en las cartas (salvo en aquellas que son abiertas, públicas, políticas y que, por lo tanto, abandonan la necesaria zona de intimidad que originalmente les es propia) esto no sucede: han sido escritas para un único lector y quienes nos acercamos a estos textos ajenos, no destinados, asistimos (morbo de *voyeur*, goce perverso) a una ceremonia que no nos pertenece y de la que estamos excluidos de entrada. Quebrantamiento de la ley, violación del tabú, avaladas por el permiso (y la codicia) de herederos y editores, no deben hacernos olvidar, sin embargo, que existe una norma social valorizada en lo atinente al carácter inviolable y secreto de la correspondencia personal.

A esta función de convidados de piedra se debe que, con frecuencia, en la lectura de las cartas se adviertan grados de opacidad del sentido, señas de un truco privado que remiten a una dimensión fragmentaria, entrecortada y discontinua de la

significación. Pensemos si no en el empeño solícito que los editores de epistolarios ponen en las aclaraciones a pie de página y en la reconstrucción de los contextos, como un vano intento de suturar el hiato de lo sobreentendido entre interlocutores ajenos.

Este hecho marca una diferenciación de las cartas con respecto a los otros géneros de la llamada literatura íntima.

En este punto no está de más recordar que, para Lacan (1985), el tercero excluido de la comunicación ( el *el* de Benveniste, la no persona ) es el Otro ( la Ley ) que instaura la incompletud, la fisura de la significancia. Un resto que, indefectiblemente, cae. Y que nosotros, terceros imposibles, intentamos reconstruir. Se trata, en síntesis, de una escritura doblemente excluyente : del Otro ( A, barrado) y de los otros (a).

En relación al concepto de “pacto autobiográfico” acuñado por Lejeune (1975) y que tanta difusión tuvo en relación al género, es necesario incorporar las objeciones que Nicolás Rosa (1990) realiza en relación a esta categoría. En primer lugar, dice, si se admitiera la existencia de un contrato, este debería ser aleatorio pues hablamos de una convicción del lector frente al contrato consensual propuesto por Lejeune. Para Rosa todo contrato de lectura está fisurado de entrada: la ley no la establece ni el sujeto de la escritura ni el sujeto de la lectura (ambos pueden acordar o disentir) sino un tercero que es el deseo. Por lo tanto es un pacto fundado en el goce (perverso) del Otro que está subordinado al deseo ajeno.

Aquí cabe agregar una nueva condensación en la tipología epistolar de la dimensión de alienación porque el pacto es ajeno al lector: se hace entre otros (emisor y receptor de las cartas) y remite específicamente a vinculaciones horizontales, emotivas y no consensuales y a una temporalidad no extensa ni continua en el tiempo. La correspondencia, en general, siempre está localizada en un determinado segmento temporal (entre tales y tales años por ejemplo) y es raro que se establezca regularmente y sin interrupciones de la continuidad durante toda una vida entre los mismos interlocutores. De esta manera emerge una vez más el

desplazamiento metonímico que, en el caso de las cartas, trasciende el plano de lo simbólico.

Por otro lado, las redes que se construyen a través de las cartas son frágiles y no implican obligatoriedad de las partes a devolver la letra con la letra, por el contrario, estas pueden deberse indefinidamente. El compromiso es tenue, intermitente: para disolverse basta el silencio de uno de los pactantes, es decir, la no correspondencia de la correspondencia.

Las objeciones de Nicolás Rosa (1990) a Lejeune (1975) se extienden además a la simplificación que conlleva la identidad entre autor, narrador y personaje. En las escrituras del yo la dimensión dialógica está adelgazada pero esto no puede conducir a proclamar su ausencia; hay que recordar, por otra parte, que el diálogo es anterior al monólogo. En todo caso la falta es una simulación que oculta bajo la máscara del UNO las cabezas de la hidra múltiple del YO.

Para Rosa, justamente cuando escribimos **yo**, el sujeto (yo escriturario) se ausenta del espacio de escritura desplazado por la densificación del yo autónomo, es decir por la condensación del yo en autor/ narrador/ personaje. Esta consistencia provee un simulacro de continuidad en el lugar mismo de la discontinuidad, en la escritura, que surgirá de todas formas en la voz de la memoria y del olvido.

Al respecto, Benveniste (1977) habla de la función económica del yo al reunirse en él, simultáneamente, el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado, pero aquí no solo **yo es un otro** como querían Rimbaud (1995) o Lacan (trastorno del contrato de lectura, dirá Rosa, por cuanto **yo se dice como él**) sino que **yo** es una multiplicidad.

Como consecuencia de estas consideraciones teóricas, Rosa (1990) propone hablar de “acto autobiográfico” en vez de pacto. Un acto tiene lugar cuando se genera una temporalidad, una escritura de esa temporalidad y la construcción de una personalidad también a través del proceso escriturario, en base a los regímenes de recuerdo y olvido que constituyen la memoria. Esto es válido también en el caso de las cartas aunque solo parcialmente. Hay que tener en cuenta que los regímenes

temporales son disímiles y que en el género epistolar la constitución de una personalidad solo se logra fragmentariamente. En él la multiplicidad propia de la primera persona es mayor y son más variables sus posicionamientos en virtud de variaciones externas (destinatarios, deixis, intenciones).

En este caso le corresponderá al lector la tarea de construir esta personalidad, organizando las piezas de un yo más finamente diseminado (desmigajado) en innumerables cartas y disponiendo las hipóstasis en una sintaxis de relato. Pero relato configurado retrospectivamente por el otro (lector) desde el orden del discurso. Y en este punto nos acercamos obviamente a la ficción.

El acto autobiográfico inaugura, para Rosa, no un contrato de lectura sino una topoelocutiva de relaciones, una trama de lugares de la enunciación, un triálogo (YO / TU / A barrado) que posibilita el relato.

La intensificación del yo imposta, además, otro simulacro centrado en la ilusión de considerar que la ficción es ajena a los textos autobiográficos y que lo acontecido se corresponde exactamente con lo relatado. Esta ilusión interferencial aproxima el estatuto autobiográfico con el historiográfico: en ambos se produce una ficcionalización de diversos regímenes del relato (tiempo, espacio, acciones, actantes, acontecimientos, saberes del sujeto).

Esta proximidad no termina aquí sino que se extiende a los aspectos y referencias históricas más o menos colaterales, más o menos fundamentales, que se filtran voluntariamente o no en toda escritura del yo. Esto se complejiza todavía más cuando ese yo es un personaje histórico importante porque con seguridad el lector tendrá, previamente, un modelo del personaje codificado por la cultura y se verá tentado a confrontar ese modelo con el personaje construido en el espacio textual autobiográfico.

Al explicitar el funcionamiento de la intertextualidad la doxa crítica ha reiterado suficientemente que todo texto es escrito a partir de otro texto y que todo texto es leído a partir de otro texto. Este procedimiento puede aplicarse literalmente al género epistolar, fundado precisamente en el intercambio de letras que se envían y

se reciben en una "correspondencia" (valga la redundancia) que anhelamos sea de uno a uno. La falta de reciprocidad en el intercambio generará, tarde o temprano, la caducidad del pacto. Se trata, en consecuencia, de un trabajo de escritura que requiere, al igual que la conversación oral, de dos polos alternativos de emisión y recepción de los mensajes y de una continua retroalimentación. Sin embargo, a diferencia de la conversación oral, se trata de un diálogo mediatizado principalmente por su materialización en la escritura, por el tiempo y el espacio y por otras claves materiales menores (pluma, papel, letra, estampillas de correos, intermediarios que la transportan, etc.).

Su etimología remite también a la materialidad que la contiene: hoja de papiro, papel (*khartes-ou; charta-ae*), caracteres de escritura (*littera - ae*). Lo que permite una primera demarcación entre la voz (oral) y la letra (escrita), entre la instantaneidad de la palabra ("que se lleva el viento") y el afán de perpetuidad y conservación de la escritura que quiere preservarse en la abolición del cuerpo. Claro que esta abolición se reduce a un escamoteo porque hay huellas del cuerpo hasta en la palabra manuscrito. "La autobiografía más que cualquier otra escritura se inscribe a partir de su relación con el cuerpo" (Rosa, 1990, p.53). Pero, además, es posible hablar de un posicionamiento del género epistolar en relación a la oralidad que se articula en dos planos: a) como ficción o afirmación de la oralidad: la carta es un tipo de enunciado que intenta reconstruir o reponer una situación o un contexto conversacional oral. Lo que se construye en estos enunciados es un simulacro, una simulación de los regímenes de la oralidad que apela a expresiones propias de este ámbito, justamente, para apuntalar y reforzar esa ficción, para contrarrestar la derrota que toda escritura implica cuando pretende suturar la ausencia con la letra. b) Como refutación o negación de la oralidad: cartas que expresan por escrito lo que tal vez el emisor no se atrevería a decir en forma oral. Aunque, también, puede darse la situación inversa: no dejar "por escrito" aquello que podría malinterpretarse o comprometer con la fuerza de lo imborrable a su emisor. No hay que olvidar la prohibición social que refiere no dejar inscripciones susceptibles de ser probadas (periciadas).

## **Mario Levrero – Francisco Gandolfo (Correspondencia)**

La correspondencia entre los escritores Mario Levrero y Francisco Gandolfo se extiende durante un largo período, entre los años 1970 y 1986, y reúne un total de 49 cartas enviadas mayormente desde las ciudades de Montevideo y Rosario respectivamente, a partir de la amistad surgida entre ellos en 1969, año en el que el uruguayo pasó unos meses alojado en la casa de Gandolfo. La edición del epistolario en 2015 estuvo a cargo del escritor Osvaldo Aguirre quien, con anterioridad, se había ocupado de la publicación de la correspondencia de Francisco Gandolfo en 2011.

El intercambio epistolar da cuenta de una amistad sostenida en el tiempo que se complementó con algunos encuentros personales en Piriápolis, Montevideo, Colonia y Buenos Aires a los que estas cartas, confiesan los corresponsales, y a pesar de los esfuerzos puestos en mantener la fluidez de la comunicación, no pueden sustituir. En efecto, en varias oportunidades se alude a la falta de la presencia real del otro, a la necesidad perentoria de encontrarse cara a cara para poder explicarse mejor las cosas y los pensamientos y al hecho de tener que conformarse con un simulacro o remedo de oralidad, una especie de pseudo diálogo que, muchas veces, oscurece el sentido de lo que se quiere decir y genera algún tipo de malentendido, un plus de indeterminación que solo se puede diluir a través del mano a mano de la conversación presencial (todas las citas han sido extraídas de la edición de Aguirre (2015) mencionada):

No estoy tratando de asustarlo, y ojalá me equivoque; y cuánto desearía poder charlar de estas cosas personalmente –quitándole el dramatismo que les da la letra de molde [...]. Estas cosas sólo fructifican en el diálogo, en el mano a mano, en la transmisión directa de la propia experiencia. La información fría que le pueda hacer llegar sólo sería un alimento del intelecto; y aquí se trata de llegar al alma (Carta de Levrero a Gandolfo, p. 71).

El eje preponderante de la correspondencia se focaliza alrededor de cuestiones referidas a la escritura: estrategias, modos para dejarla fluir, efectos logrados, desajustes creativos, entre otras preocupaciones que hacen visible un intercambio

genuino entre escritores en donde prevalece la franqueza y la ausencia de concesiones. Es notable que, a pesar de la diferencia de edad (Levrero es casi veinte años menor que Gandolfo e, incluso, lo trata de usted), es el uruguayo el que oficia como un maestro experimentado que opina sobre los aciertos y yerros del otro con una actitud que evidencia cuán seriamente asumía su rol de lector privilegiado y encaraba una devolución atenta y generosa de la obra del argentino.

El libro me parece muy bueno. No se guíe por mi juicio, porque entiendo poco de poesía; pero lo cierto es que apenas llegó a mis manos me dejé atrapar por las primeras páginas y no lo pude soltar hasta el final. Había mucho material que ya conocía, y para serle sincero, eran pocas las cosas que recordaba con entusiasmo. Sin embargo el libro vuelve todo coherente, es un solo largo poema; ha conseguido estructurar perfectamente una imagen de usted mismo, traducir perfectamente su dibujo interior [...]. Cada una de las partes está en función de un todo que, como sabe, siempre es algo más que la suma de las partes; la cosa funciona, pero no basta para mí; funciona y es *verdadera*, que es lo que me importa (Carta de Levrero, p. 29).

Y no hay caso: no puedo encarar su obra, que apunta a tantos aspectos, sin desdoblarme en dos o tres personalidades. La primera, el amigo, que la recibe como una carta que lo toca muy profundamente [...].

Después, el escritor, que trata de formular (ya que usted lo pide) algo así como un juicio crítico, más o menos objetivo. Bueno, francamente, no lo veo logrado. Con todo lo que me llega por el terreno abonado por *El sicópata* y su segundo volumen y, especialmente, por la amistad personal (directa y epistolar), este volumen es otra cosa (una descarga, una confesión, una biografía, una terapia). No encuentro la magia de su transmutación: la materia prima está muy a la vista, la herida muy en carne viva, los colores muy sin matizar, tal como saliendo del pomo (Carta de Levrero, p. 69).

Por otra parte, esta suerte de función tutelar de Levrero no se agota en la escritura y se expande hacia otras dimensiones que, sabemos, lo ocupaban seriamente como el análisis grafológico y la parapsicología combinada con la psicología junguiana que hacían de él una especie de terapeuta *sui generis* que llegó, inclusive, a atender a gente que lo frecuentaba en busca de una cura a los padecimientos del alma: “De cualquier manera, su grafología lo muestra bastante equilibrado: tal vez con necesidad de ejercicios de respiración profunda y mente en blanco [...]” (Carta de Levrero, p. 62).

Hay muy pocas referencias al contexto político, pero si tenemos en cuenta que buena parte de la correspondencia se desarrolla durante las dictaduras argentina (1976-1983) y uruguaya (1973-1985), es probable que esto se relacione con actitudes de autocensura por parte de ambos para preservarse en medio del horror de esos años brutales. Sin embargo también se vincula al desprecio que la política y, en especial, el ideario revolucionario de los '70, le provocaban a Levrero quien se reivindica, en esta correspondencia, a través de un gesto de ostentosa provocación, partidario de la teocracia, quizá para exorcizar su acercamiento juvenil y efímero al partido comunista uruguayo. En una carta a Gandolfo de 1976 afirma:

Yo no temo que una revolución social me mande al campo a sacar yuyos; tal vez me haría bien para el sistema nervioso. Simplemente no creo en las revoluciones sociales (ver Ortega y Gasset) o mejor dicho, no espero nada bueno de ellas (p.40).

También, en otra carta del mismo año, se refiere al hijo de Francisco, el también escritor Elvio Gandolfo del siguiente modo: “Ahí tiene cómo son las cosas; yo pienso que el director del *lagrimal* es una lástima de muchacho desperdiciado por culpa de su fanatismo izquierdizante” (p.36). En el mismo sentido debe leerse el descrédito que le produce la dialéctica, mencionada por Gandolfo como parte de sus intereses, por cuanto constituye un concepto obsoleto y ramplón que quiere reducir las “múltiples dimensiones” de la realidad “dentro de la lógica binaria” (p.49). La adhesión a la teocracia se inscribe en la deriva de las incesantes búsquedas espirituales de Levrero que lo habían conducido a la parapsicología, al psicoanálisis de Jung, al I Ching, a sus extrañas teorías del biorritmo masculino o a la armonía de los arquetipos y hasta a un intento de convertirse al catolicismo bajo la guía de un sacerdote que despertarán, en su correspondencia, comentarios jocosos ante situaciones desopilantes originadas por la intervención del cura. Entre estas, un retiro espiritual que se convierte en un desaforado juego de carnaval con palanganas de agua que van y vienen.

En otro orden de cosas, la gracia del asunto fue haber descubierto a Jung leyendo a Freud, es decir, volviendo a ser Jung en su liberación de Freud [...]. También estoy trabajando con los biorritmos, donde se traza una senoide azul que corresponde con un período menstrual en el varón –me atribuyo el descubrimiento práctico del ánimo, que aparece y desaparece cada 14 días (p.86).

En la correspondencia se advierte, por lo demás, el retraimiento del uruguayo en relación al ambiente cultural de Montevideo y su aislamiento voluntario de grupos o tribus literarias: “El escritor, en especial, es un jodido solitario o no es escritor. El talentoso queda siempre afuera justamente por ser un fuera de línea y de serie. Que no es necesariamente un mérito, lo anoto como fenómeno real” (p.50); “Ahora estoy tratando de volver a salir al mundo exterior, pero me cuesta” (p.87). En contraposición, Gandolfo participa con asiduidad de lecturas públicas y de diversas actividades con otros autores tanto en Rosario como en Buenos Aires, en un esfuerzo claro por darle visibilidad y difusión a sus obras a las cuales, por otra parte, editaba de su propio bolsillo luego de reiterados rechazos de editoriales que, a pesar de reconocer su valor, no se jugaban a publicar poesía por razones económicas.

En ocasiones el desaliento aflora en la escritura de ambos ante las vicisitudes de la profesión elegida, sobre todo Levrero que se ve obligado a vivir con muchas privaciones y a salto de mata: “[...] fama y gloria han dejado de ser motivaciones y hoy pienso seriamente que mejor me vendría un poco de dinero” (p.52). Sin embargo, es notable que cuando Francisco Gandolfo da muestras de flaqueza es justamente el amigo más escéptico el que lo alienta para no bajar los brazos. La situación de precariedad de Levrero impacta sobre todo en confesiones que refieren cierta degradación física (pérdida de dientes, un quiste sebáceo, exceso de peso por comer básicamente pan y queso) y a la necesidad de zafar de “la asfixia económica” (p.30) en la que vive. En la misma sintonía confesional pueden leerse un relato largo del uruguayo sobre un episodio desafortunado con una mujer y otro en el que celebra una convivencia de varios meses con “Lil”. Pero, en general, estos momentos confesionales e íntimos están adelgazados y rara vez afloran a través de la selva de intereses vinculados a la lectura, la escritura, el cine, los autores recomendados y la filosofía.

Otra dimensión muy presente en la correspondencia es la recurrencia al humor y a la ironía a la que ambos apelan a través de bromas, “gastadas” leves y epítetos que hablan de una amistad entrañable y sin fisuras que se alimenta, también, del

espíritu festivo de los dos escritores, situados en las antípodas de cualquier amague de impostura o de solemnidad “letrada”. Entre los epítetos o encabezamientos se pueden mencionar los siguientes, de Levrero a Gandolfo: “Estimado Psicópata”, “Honorable Psicópata”, “Muy estimado y jovial Don Franciscópata”, “Estimado best seller”, “Estimado vate”, “Antipoeta”, “Eximio vate”, “Poderoso vate”, “Maestro”, “Insigne vate, excelso maestro, industrioso fabulador”; de Gandolfo a Levrero: “Apreciados Mario Levrero (homoerótico) y Jorge Varlotta (homo sapiens)”, “Amado Jorge Mario”, “María Jorgelina”, “Temible exégeta”, “Apreciado parapsicópata”, “Esotérico”, “Experto”, “Ex-perto”, “Querido Crep Yoryét”, “Reservado Crep”, “Reconcentrado y esotérico Crep”, “Estimado parapsicólogo”, “Reverendo”.

Puesto que se trata de una correspondencia entre destinatarios marcados, el lector de este epistolario asiste a un encuentro que lo excluye y, como tercero imposible, advierte cierta opacidad de la significación, sentidos que se diluyen en una variedad de interpretaciones, restos o rastros de conversaciones que se realizaron cara a cara y que se retoman en las cartas como señas implícitas que no necesitan de ninguna aclaración. De la misma manera y, como afirma Rosa, aquí la ley no la establece ni el sujeto de la escritura ni el sujeto de la lectura sino un tercero: el deseo que, al tratarse de una correspondencia entre escritores, refiere el deseo de escribir. Como un absoluto que define la vida: “Tengo miedo de haber cambiado la vida por la literatura” (p. 25), dice Levrero en la carta que abre el epistolario.

También en este caso se percibe la densificación o condensación del **yo** en autor/narrador/personaje que oculta bajo la figura del UNO la multiplicidad inasible de toda primera persona. Incluso el texto lo explicita cuando, en una carta de mayo de 1978 (p.69), el uruguayo le confía a Francisco que, para leer las últimas cosas que le mandó, tiene que desdoblarse en dos o tres personalidades: amigo, escritor, terapeuta (especie de sacerdote-psicólogo) y, en otra de mayo de 1979 (p.87), insiste con la necesidad de “desdoblarse para dialogar” porque Gandolfo “transcurre en varios planos al mismo tiempo” como parte “del propio conventillo

que todos llevamos dentro”. Además Mario Levrero es, también, Jorge Varlotta, y firma de los dos modos.

El “acto autobiográfico” que instaura este epistolario genera una temporalidad, la escritura de esa temporalidad y la construcción, por parte del lector, de las personalidades de los dos amigos a partir de las huellas diseminadas de la primera persona a lo largo de las cartas: uno subordinado al criterio legitimador del otro. Dicha construcción arma un relato retrospectivo desde la dimensión discursiva que configura, de alguna manera, una ficción posibilitada por el triálogo (Yo/Tu/A barrado) y por el imperativo del deseo que sostiene el intercambio: escribir.

Para terminar con mi lectura de la correspondencia entre ambos escritores tomo las palabras de Levrero, cuando le agradece a Gandolfo su libro *El sicópata. Versos para despejar la mente* (1974). El agradecimiento es por las reafirmaciones que el libro trae a las que, dice, “había olvidado un poco, por miedo, por cansancio— : la locura, la verdad, la poesía” (p.29). Son reafirmaciones que trazan un compromiso absoluto con la literatura y señalan el espacio donde se construyó la amistad. Un espacio de locura, de verdad, de poesía.

### **Mario Levrero - Pablo Silva Olazábal (Conversaciones)**

El tercer segmento de este artículo reenvía nuevamente a Levrero por cuanto el corpus se configura a partir de la correspondencia entre este y el escritor uruguayo Pablo Silva Olazábal. Pero, en este caso, el intercambio epistolar da una vuelta de tuerca porque Silva Olazábal lo edita, en 2016, bajo el marco formal de un extenso reportaje que, no obstante, no borra su origen epistolar y su dimensión autobiográfica. Esa vuelta de tuerca que menciono está dada por la dinámica del correo electrónico que introduce algunas variantes en relación a la correspondencia tradicional. En primer lugar la casi abolición del tiempo, la inmediatez de cada envío que se vuelve aún más vertiginosa en los *chats* junto a la ilusión del frente a frente que nos coloca en un estado de perpetua disponibilidad. Desaparecen las demoras del correo, las pérdidas de piezas enviadas o el extravío de cartas que nunca llegaban a destino; también la materialidad de la escritura y sus intervenciones

manuscritas como se pudo percibir en la correspondencia entre Levrero y Gandolfo. La revolución tecnológica ha llegado para cambiar, incluso, los cimientos epistemológicos y las formas del conocimiento contemporáneo de un modo que apenas podemos intuir, especialmente quienes no somos nativos digitales y todavía podemos recordar la figura familiar del cartero, los sobres en el buzón, las estampillas que nos acercaban el mundo, la letra del remitente o las hebras del papel de carta.

En el prólogo denominado “Prehistoria de una entrevista”, Silva Olazábal cuenta que la relación con su compatriota se originó cuando se integró al primer taller virtual que Levrero coordinó a través del correo electrónico (todas las citas corresponden a la edición de 2016):

Allí entablamos una relación epistolar que duró hasta su muerte y que es la base del presente trabajo.

Importa aclarar que no pertencí a su círculo de amigos íntimos, ni integré sus talleres presenciales [...] y que nos vimos cara a cara menos de una docena de veces. La nuestra fue una relación basada en el interés por escribir y aprender literatura [...]. Por sobre todas las cosas, fue una relación escrita.

Desde el 2000 al 2004 lo asedié con preguntas que buscaban conocer las claves de su concepción literaria y artística, sus gustos, disgustos, manías, las formas de ver el mundo y la vida [...]. Lo que sigue es un compendio de una correspondencia que en su totalidad abarca más de trescientas páginas y que, en aras de excluir comentarios circunstanciales, reduje a menos de la tercera parte” (p.9).

Más adelante el editor nos advierte que con anterioridad, en el año 2000, había publicado en forma de entrevista, “en el suplemento cultural del diario *El País* (Montevideo, 27/10/00, pp. 10-11) el resumen de las conversaciones mantenidas hasta ese entonces” (p.10). Y reconoce que esa experiencia que dejó muy satisfecho a Levrero pudo haber “condicionado las conversaciones posteriores” (p.10). Lo que subyace aquí, en consecuencia, es la instancia de lo póstumo manifestándose a través de la elección de un mensajero que es, además, un interlocutor válido, un escritor más joven a quien se le otorga, de alguna manera, un legado para cuidar y transmitir, el fuego sagrado de la escritura que deberá mantenerse encendido por y para las generaciones futuras. Al respecto y en relación al diario íntimo Alan Pauls

dirá que este, como la carta, “proclama sin disimulo la condición diferida de sus efectos, su carácter testamentario, de documento póstumo”, “fundado en el principio de la posteridad” (1996, p.2).

No es el propósito de este artículo hacer un inventario de los cambios que el universo digital introduce ni establecer comparaciones rigurosas entre epistolarios tradicionales y virtuales. Solo me limito a registrar, brevemente, la irrupción en la fiesta del macrotexto autobiográfico de nuevas modulaciones que, con seguridad, producirán algunas mutaciones en nuestras configuraciones subjetivas. Mutaciones que, todavía, somos incapaces de dimensionar. Menciono, al pasar, la experiencia de la escritura de un diario personal (2014-2017) realizada por Alberto Giordano a partir de entradas regulares a su muro de *Facebook* que dan origen a un texto maravilloso: *El tiempo de la convalecencia* (2017). De todos modos es lícito preguntarse si estas llamadas nuevas modulaciones tendrán continuidad en el tiempo. Y digo esto pensando en que la sustitución de la correspondencia tradicional (hoy absolutamente residual y en vías de extinción), por la virtual la hacemos quienes estuvimos acostumbrados a escribir cartas. Los jóvenes *millennials* usan de manera muy acotada el *mail* y prefieren otros canales más apegados a la instantaneidad del intercambio (*WhatsApp, Twitter o Instagram* y cada vez menos *Facebook*) en donde, por lo demás, la figura del destinatario marcado se diluye, en general, a favor de los múltiples receptores de una red.

Sin embargo, más que las variantes entre cartas materiales y virtuales lo que me interesa del texto editado por Silva Olazábal (2016) son, precisamente, las continuidades que se advierten entre ambas derivadas del posicionamiento que asumen los interlocutores. Levrero se explaya como una figura tutelar sobre los estados hipnóticos de la escritura, resalta el valor de la imagen como única estrategia válida en el campo creativo, el imperativo de la fluidez, de dejarse llevar en una especie de trance que, sin embargo, ejerce de modo lateral cierto control sobre el inconsciente: “La imaginación siempre es la puerta, la vía de comunicación con las cosas profundas ocultas a la consciencia” (p.43). También, opina con total

franqueza sobre los aciertos y desajustes de los textos de Silva Olazábal, sin caer en falsas concesiones.

*Hace tiempo te mandé otro cuento de mi cosecha*

Ese relato no sólo me aburrió sino que me indignó. No sé por qué hacés esas cosas... Esos diálogos de teleteatro, la falta de estilo (¡de tu estilo!), el otro relato en cursiva que va cortando la narración... Para hacerlo completo te faltó meter una segunda persona del singular (a lo mejor la metiste, porque no lo leí todo ni mucho menos). No sé, tal vez ganes otro concurso, pero a mí me paspó. Lo siento... (p.114).

Pero el discípulo también se atreve a criticar al maestro: “Tengo que decirte algo sobre cómo termina el relato: la aparición al final del viejo Pedro, el vecino, me pareció descolgada” (p. 86).

En este “epistolario” aparecen con insistencia las mismas obsesiones como la telepatía, la parapsicología, Jung, la denostación del *yo*; los comentarios sobre los autores predilectos (Joyce, Kafka, Proust, Chandler, Hammett, Onetti, Calvino) y detestados (Saramago); los directores de cine admirados como Tarkovski y los vilipendiados como Buñuel y Chaplin. Hay una discusión interesante sobre la televisión y ciertos actores argentinos muy populares en ese momento como Porcel y Olmedo que Silva Olazábal defiende frente al rechazo tajante de Levrero.

Si bien en esta etapa de su vida Mario se ha consolidado como escritor y se encuentra rodeado de jóvenes que acuden a sus talleres y se reúnen alrededor de la luz que irradia su figura, percibimos el mismo retraimiento de siempre que lo mantiene un tanto aislado de las movidas literarias y mediáticas.

Sólo me entero de lo que la gente tiene a bien informarme (por ejemplo, elecciones en Argentina; me enteré recién por un mail), ya que no veo TV (salvo cuando voy al puesto de la esquina a comprar tomates), no escucho radio, no leo periódicos, no navego en internet... (p.94).

El repliegue, la introspección constituyen el precio que se paga por la escritura porque de lo que se trata es de “vivir artísticamente” (Olazábal, 2016, p.71) o, como le dice a Gandolfo en una carta de 1970, “de haber cambiado la vida por la literatura” (Aguirre, 2015, p.25).

El último correo de esta correspondencia es de Levrero y tiene lugar el 12 de agosto de 2004. Unos días más tarde, el 31 del mismo mes, muere de un aneurisma de aorta.

## CONCLUSIÓN

Como se ha podido observar, las reflexiones vertidas en el plano de la correspondencia entre escritores iluminan aspectos significativos de su producción escrituraria que nos permiten, como lectores, la corroboración de categorías surgidas de los análisis e interpretaciones de dicha producción. En relación a las breves consideraciones sobre la irrupción del mundo digital en el campo de lo autobiográfico, quiero cerrar el artículo con una cita de Derrida (1997) tomada de sus aportes fundamentales sobre el archivo en los que, además de detenerse en el funcionamiento y preservación de la memoria por parte del mundo social, nos advierte sobre el campo problemático que ofrece un *archivo de lo virtual*. Campo problemático que obligará, en el futuro, a deconstruir y reformular el concepto de archivo.

La topología y la nomología que hemos analizado hasta aquí podían implicar, como una condición absolutamente indispensable, la *plena y efectiva actualidad* del tener-lugar, la realidad, como se dice, del acontecimiento archivado. ¿Qué sucederá con todo ello cuando sea en efecto necesario sustraerle el concepto de virtualidad a la pareja que lo opone a la actualidad, a la efectividad o a la realidad? ¿Se deberá continuar pensando que no hay archivo pensable para lo virtual? ¿Para lo que sucede en el espacio y el tiempo virtuales? Es poco probable, esta mutación está en curso, mas será necesario, para tener rigurosamente en cuenta esta otra virtualidad, abandonar o reestructurar de arriba abajo nuestro concepto heredado de archivo. Llegará el momento de aceptar una gran conmoción en nuestro archivo conceptual y de cruzar en él una "lógica del inconsciente" con un pensamiento de lo virtual que ya no esté limitado por la oposición filosófica tradicional del acto y la potencia. (p.74)

Entonces, la mutación está en curso, dice Derrida (1997) y de eso se trata. De intuir el cambio, de presentir la inminencia, de mirar, como Moisés, la silueta de la tierra prometida sabiendo que nosotros, los que alguna vez escribimos cartas y las llevamos a la oficina de correo, no llegaremos a habitarla.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, O. (2015). *Mario Levrero, Francisco Gandolfo. Correspondencia*. Rosario, Argentina: Iván Rosado.
- Benveniste, E. (1977). *Problemas de Lingüística General*. México: Siglo XXI, 2 tomos.
- Derrida, J. (1997). *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- Giordano, A. (2017). *El tiempo de la convalecencia*. Rosario, Argentina: Iván Rosado.
- Lejeune, P. (1975). *Le pacte autobiographique*. Paris, Francia: Seuil.
- Lacan, J. (1985). *Escritos I y II*. México: Siglo XXI.
- Pauls, A. (1996). *Cómo se escribe el diario íntimo*. Buenos Aires, Argentina: El Ateneo.
- Rosa, N. (1990). *El arte del olvido*. Buenos Aires, Argentina: Puntosur.
- Rimbaud, Arthur [1871] (1995). *Cartas del vidente*, Madrid, España: Hiperión.
- Silva Olazábal, P. (2016). *Conversaciones con Mario Levrero*. CABA, Argentina: Editorial Conejos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Catelli, N. (1991). *El espacio autobiográfico*. Barcelona, España: Lumen.
- De Man, P. (1984). "Autobiography as De-facement". En *The Retic of Romanticism*, New York, USA: Columbia University Press, pp. 67-81.
- Derrida, J. (1982). *L'oreille de l'autre. Otobiographies, transferts, traductions*. Montreal, Canada: V.L.B.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona, España: Paidós.
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Gandolfo, E. (Comp.). (2013). *Un silencio menos. Conversaciones con Mario Levrero*. Buenos Aires, Argentina: Mansalva.
- Molloy, S. (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: FCE.
- Rivadeneira, B. (2013). *Más allá del centro y la periferia. Mario Levrero: una estética del raro*. San Miguel de Tucumán, Argentina: IIELA, Universidad Nacional de Tucumán.

- Rocca, P. (2013). Formas del espionaje. Mario Levrero responde un cuestionario. En E. De Rosso (Comp.). *La máquina de pensar en Mario. Ensayos sobre Levrero*. Buenos Aires, Argentina: Eterna Cadencia.
- VVAA. (2006). Especial Levrero. En *El País Cultural*. Año VII, Nº 875, Montevideo, Uruguay.
- VVAA. (1991). La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental. *Anthropos*, 29.

---

<sup>1</sup> María Laura de Arriba es Doctora en Letras, Crítica, Investigadora y Profesora Asociada en la Universidad Nacional de Tucumán. Forma parte del Comité Académico del Doctorado en Letras y del cuerpo docente estable de la carrera en el área de Literatura Latinoamericana. Asimismo integra el Comité Académico del Doctorado en Humanidades. Ha dictado cursos y conferencias en diversas universidades norteamericanas y europeas y publicado numerosos artículos en revistas especializadas argentinas y del exterior sobre literatura latinoamericana, escritura autobiográfica y discursividad colonial. Pertenece, desde su fundación en 2003, a la Red Académica para la Docencia y la Investigación en Literatura Latinoamericana *Katatay*.